

PRIMER INDICIO

CUENTO

Jessica Ripoll

Mientras estábamos los tres ahí escurridos, apachurrados como plastilina, coloreados por las intermitencias de la televisión, pensé que sí podía decírselo. Pensé que podía llegar tranquilamente con ella, bien de mañana, cuando aún no hubiera nadie en el salón, y decírselo. Así, simplemente. "Oye, Lucía, perdón, buenos días, ¿puedo hablar contigo?" Y decírselo todo. Con mucho cuidado. "Perdón, no es que esté enojada contigo, de verdad, pero bueno, a mí me hizo sentir un poco mal y te lo quería decir". No iba a pasar nada si me acercaba así. Con calma. Pero seguía dándole vueltas. Porque tal vez luego empeoraba la situación. Y entonces, ya de plano, no habría nadie que se quisiera juntar conmigo; si ella se enojaba y si decía algo y si todos le hacían caso, como siempre.

Mejor no le digo nada, ¿no? Me giré hacia el lado de mi abuela, que también tenía la cara embarrada en la televisión, y le dije en secreto: *Oye, abue, como que estoy entristecida*, y ella parpadeó un poquito, reflexionando intensamente, y me contestó con cierto tono de obviedad: *Pues si estás estreñida vete al árbol a comerte unos tejocotes, esos caen muy bien, hija*. El Mauricio todo pendejo se empezó a carcajear entre sus babas rellenas de mocos, mientras la película se esfumaba detrás de los comerciales: *¿A poco no te sale la caca, Marifer? Jijiji*. Y a mí me entraron ganas de llorar, ahí aplastada entre los

Este relato fue ganador del II Premio de Relato UNAM-España sobre la experiencia de la migración latinoamericana en España.

Fotografía de Madalyn Cox. Unsplash ►





Fotografía de Lucie Hosova. Unsplash

dos en el centro del sillón, abrumada de pronto por las imágenes perfectísimas de la tele, porque aunque sí estaba yendo muy bien al baño, ya no teníamos nuestro arbolito de tejocotes ahí en el patio de la casa.

¿No están por ahí mis tacones? Mi mamá se hizo gusano para asomarse entre nuestras patas y debajo del sillón. ¿No los han visto ustedes? Su voz hacía eco al chocar con las pelusas del inframundo. *No, yo no. No, yo tampoco.* El gato Mauricio, bautizado por mi hermano en honor a su propio nombre, salió despavorido de su escondite tras notar las manos buscadoras. *Carajo.* Mi mamá, con sus ojos de mosquita turulata, repasaba las cuatro esquinas de la corta pared. *Yo te los dejé arriba del refri, mijita, para que se te enfriaran,* dijo mi abuela. Mi mamá la miró con cara de verdadero desconcierto. Una mujer de ochenta y siete años arrastrando los tacones de *animal print* desde la oscuridad del armario, sacándolos de su caja de cartón, desempolvándolos dulcemente y depositándolos

encima del refri como quien pone la estrella en el arbolito de navidad.

El gato Mauricio ahora se hacía un hueco en el lavabo de la cocina, cual plato sucio. Y a mí me empezaba a doler la cabeza, yo creo que de tanto pensar. En realidad no tendría que haberme complicado tanto con el discurso, pero ahí estaba, pensando en la jeta que me haría Lucía a cada palabra que balbuceara frente a ella. La tele cambiaba de color. Mi mamá comenzaba a alzar la voz hacia mi abue: *Ay, mamá pero cómo crees que...* y luego rápido se calló ella solita. Suspiró. Se inclinó con cuidado hacia el sillón, apoyándose en la maleta que aún teníamos botada a un lado de la entrada, y le dio un pequeño beso en la frente: *Gracias, mami-ta chula.*

Mi mamá se alejó en un segundo, arrastrando sus chanclas por las losas que esa mañana había trapeado con mi hermano. La vi agarrar presurosa sus tacones felpudos y meterse con ellos al baño, azotando la puerta. *¡Le abres si llega, Marifer!*, aulló, aunque estaba a tres metros de distancia, y yo le contesté con el mismo volumen: *¡Ajá!*

Supuse que se iba a rasurar las piernas, o pintarse las uñas de los pies, o enchinarse el cabello con la plancha, o retocarse el maquillaje, o ponerse cucharas frías sobre las bolsas de los ojos, o cambiarse por tercera vez el peinado, o arrancarse con cera ardiente los vellos de la zona íntima. Alguna vez, durante los últimos meses que mi papá vivió en la casa, cuando faltaba poquito para que nos viniéramos acá, me pidió que le ayudara, sosteniéndole un espejito ahí abajo. Recuerdo pensar que se veía casi opaca, como deslavada, muy distinta a la mía.

Le quiero abrir yo, Marifer. Mauricio ya se levantaba del sillón, desequilibrando el arreglo de los cojines que ahora se desparramaban por

¿Son para regalar las plantitas? Mi abuela aplastaba los ojitos detrás de sus lentes, examinándolas. No, son para que tengamos más.

el lado de mi abuela. *¡Se lo pedí a tu hermana, Mauricio!*, contestó al instante mi mamá desde el baño porque, cuando convenía, dejábamos de fingir que vivíamos en una mansión en la que los sonidos se perdían fácilmente. *¡Ash! ¡Y no me rezongues, eh!* Mauricio se encaminó hacia el mueble de la tele. Uno, dos pasos. Giró y, de reojo, me sacó la lengua; mi hermano de diez años, tan histriónico.

Sobre ese mueble teníamos una planta de esas que crecen y crecen arrastrando sus ramas hasta el suelo. En la tiendita que atendía una mujer china estaban etiquetadas como "poto", aunque en México las llamábamos "teléfonos", no sé realmente por qué. Fue la primera planta que compramos recién llegados acá, bajo la promesa o amenaza de mi mamá de que si la cuidábamos bien podríamos comprar más, pero pasados dos meses del éxito con nuestra resistente adquisición, seguía siendo la única planta que teníamos. Fue así como Mauricio agarró la costumbre —tras descubrir en un video de YouTube que el famoso teléfono podía sobrevivir prácticamente donde fuera— de cortarle ramitas que luego plantaba en botellas rellenas de agua y que depositaba en cualquier rincón posible.

¿Son para regalar las plantitas? Mi abuela aplastaba los ojitos detrás de sus lentes, examinándolas. *No, son para que tengamos más.* Mauricio dejaba el nuevo esqueje en el alféizar de la ventana, invadida por una gran malla de reja metálica que le daba un aspecto de gallinero al departamento, aunque no era más que una estrategia para que el gato Mauricio no se escapara. Mi hermano volvió a sentarse junto a mí, devolviendo estabilidad al sillón. A esas horas comenzaban a transmitir *Pasapalabra* en la tele. *Empieza con B. Instrumento que mide la presión atmosférica. Barómetro. Sí.* Quise de-

cirle a mi hermano que no teníamos más plantas en la casa. Que teníamos la misma y única planta de siempre, despanzurrada a lo largo del minúsculo departamento. *Comienza con C. Hora de la noche en que todo está en silencio. Conticinio. Sí.*

Pero con cualquier cosa que yo dijera mi hermano chillaba con voz de pito. *Qui ti pisi Mirifir, qui ti pisi.* Si yo le decía que estaba bien pendejo, que se le iban a morir todas sus pinches plantas en sus pinches botellas de agua, me diría *Yi quilliti, Mirifir, ni quin ti pili, Mirifir.* Porque mi mamá ya llevaba un rato repitiendo la misma sentencia: *Es que estás bien pesada, Marifer; pero bien pinche pesadita te estás poniendo, eh.* Y Mauricio la secundaba alegando que sí: *Marifer ya está en la "burrecencia",* refiriéndose a que yo era una burra en vísperas de la adolescencia, o una burra adolescente, o una adolescente transformándose en burra. *Burriscienta, Burriscienta,* canturreaba el escuincle, mientras mi abuela nomás se quedaba aplastadita y callada, envuelta en su sarape, siempre con frío a pesar de que hiciera un calor infernal. Y el Mauricio chille y chille y chille. Así que mejor no dije nada.

E. Rey visigodo que gobernó entre los años 466 y 484, tras haber asesinado a su hermano Teodorico II. Pasapalabra. Tal vez podía aligerar el acercamiento a Lucía preguntándole si ella también veía *Pasapalabra* con su familia. Así como nosotros tres, ahí embobados en las sucesiones de la rueda. Mi abue, el Mau y yo, desparramados como gelatina en el sillón. Atendiendo el fulgor de la tele como hipnotizados. Como si hubiera algo de vida o muerte detrás del rostro seco del presentador. Como si inten-

táramos hallar el código que le subyace. Como si *Pasapalabra* fuera el sumario de toda España. Como si ese programa nocturno representara su esencia y adivinar tan solo una de las respuestas fuera comenzar a comprender su verdad. El gato Mauricio se tallaba la orejita con un tenedor del fregadero, pletórico.

Incluso entre el estruendo de la televisión, a un volumen de cuarenta y pico para que mi abue pudiera entender, se escuchaba la tonadita de mi mamá escabullirse por la ranura de la puerta del baño. *TOOOdo sE dErrumBÓ dEntro de mí, dEEEntro de MÍ*. En cada alargamiento de las sílabas traducía sus gestos frente al espejo, la mirada de hambre que se dedicaba a ella misma como anhelando una futura desesperación. *HAsTA mí aliento yA, me sAbe a hiEl, mE sAbe a hiEel*. Estaría embarrando sus dedos impregnados de aceite corporal sobre su reflejo, desprendida de la obligación de limpiarlo después. Haría una mueca con los labios como si le estuvieran contando una tragedia, la cara afligida de una cantante de ópera en pleno drama final.

A ver, Marifer, vete aprendiendo las respuestas, a ver si luego te mandamos a la tele. Ay, abue, no es tan fácil. Contiene la Ñ. Representar en la fantasía imágenes o sucesos mientras se duerme. Soñar. Sí. Mi abue envolviéndose en el sarape, Mauricio sorbiéndose los mocos, el gato Mauricio acomodado plácidamente en el fregadero y mi mamá cantando agónicamente mientras yo pensaba que sí podía decírselo. Que bastaba con acercarme el lunes, cuando todos estuvieran llegando al salón: "Oye, Lucía, ¿puedo hablar un momentito contigo?" Y decírselo todo. Así nomás. "Pues es que la verdad me molestó un poco lo que dijiste el otro día en el recreo". Y ya. Decírselo. ¿No? No sé. Capaz y me mira con esa cara de conejo que tiene,

preparando en su mente la venganza. Y yo ahí bien pinche ingenua. Miraría de reojo a su bolita de amigas carcajeándose en el fondo del salón y ellas sabrían. Y ahí sí ya de plano ni amiga de Lucía, ni de sus amigas, ni de ninguno de los veinte del salón, que también son de alguna forma amigos de Lucía.

Tal vez debería dejarme largo el cabello. Me tanteé el contorno de la nuca. No había forma de que eso alcanzara para una trenza ni para dos chonguitos o una coleta; ni siquiera con gel. Recordé todos los peinados que llevaban las niñas de la escuela, perfectamente amarrados en ligas resistentes a las clases de educación física, y luego me vi con los pelos de estropajo, llegando tarde a clase con el almohadazo impreso en el cachete; Lucía con dos trencitas que le estiran las sienes, dándose la vuelta para pasarle un papelito a su amiga. Ambas riéndose bajito. Tenía que dejarme largo el cabello.

Ya cuando mi abue decía con un tono quejumbroso: *¿Pues qué no sabe cómo llegar el condenado?*, se escuchó la chicharra que teníamos por timbre en el portal: *RIIIIIIIN. ¡MARIFER, VE A ABRIRLE! ¡YA ESCUCHÉ; YA VOY! RIIIIIN. ¡MARIFER! ¡QUE SÍ CHINGADA MADRE! ¡YA VOY!* Yo con mi pijama de estrellas y unas pantuflas de tiburón, alisándome el cabello frente a la puerta. El interfón: *¿Sí? Sí, adelante. Es al fondo por las escaleras. Sí, de nada. Colgué. Exhalé. Se escuchó el portal cerrarse, unos pasos arrastrados por el pasillo, las zancadas, tUn tUn tUn, como escalando de dos en dos los peldaños. Le tuve que hacer Tsss, sácate, sácate a mi hermano que ya estaba pegado frente a la puerta: Sácate neta, Mauricio. U*

Este es un fragmento del cuento. Lee el texto completo en nuestra versión digital: <https://shorturl.at/bnR78>